

**Marco Bettalli**

*“Mercenari. Il mestiere delle armi nel mondo greco”*

Carocci Editore, Roma, Italia

2013, 479 pp.

---

PAULO DONOSO JOHNSON\*

El presente libro – escrito por el profesor italiano Marco Bettalli, ordinario de la cátedra de Historia Griega de la Universidad de Siena – corresponde según sus palabras a una versión corregida y actualizada en un ochenta por ciento a una anterior publicación (*I mercenari nel mondo greco*, ETS, Pisa, 1995).

La propuesta de Bettalli es ambiciosa al presentar el denominado “oficio” del mercenario griego como sujeto activo de la estructura socio-cultural de la Antigüedad. La presencia de este tipo de ejército se extiende, según el autor, desde Grecia (edad arcaica, clásica y helenística), Egipto (XXVI dinastía y bajo la dominación persa), Oriente (Asiria, Babilonia, Asia Menor, Lidia y Persia), Occidente meridional (Sicilia y Magna Grecia) y finalmente Macedonia.

A primera vista cuesta creer que la amplitud del tema pueda ser desarrollado en menos de quinientas páginas, sin embargo el autor logra armonizar las distintas etapas, muchas veces contemporáneas entre sí, haciendo una relectura de las fuentes clásicas por sobre la bibliografía crítica. La novedad que incorpora Bettalli es la ausencia de descripciones detalladas de cada período histórico, prescindiendo de vez en cuando de la omnipotente preponderancia de los historiadores canónicos (Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Diódoro Sículo) para darles espacio a aquellos historiadores o cronistas de los cuales se conservan algunos fragmentos, incorporados en los volúmenes de Felix Jacoby, entre otros.

\* Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

La metodología del texto incluye además análisis de evidencias arqueológicas y epigráficas, particularmente en la datación de grupos mercenarios en el antiguo Egipto y el Oriente Próximo.

Bettalli comienza, acertadamente, con una descripción conceptual del mercenario. Más allá de las definiciones convencionales del soldado extranjero que cobra un sueldo por combatir en guerras ajenas, el autor se inclina por buscar su propio concepto en el contexto cultural de la Antigüedad. La primera pregunta propuesta es cuándo un soldado se convierte en mercenario. La respuesta: cuando los factores *económicos* llegan a ser exclusivos y preponderantes para inducir a un hombre a combatir (p. 21). Para alcanzar esta condición son necesarios dos requisitos:

- La coexistencia de otras personas que desarrollen la misma actividad movidas también por motivaciones ajenas al dinero. Esto puede ser, según el lenguaje militar, el amor por la patria, el deber u otros. Este sentimiento garantiza un reconocimiento social negado a los mercenarios.
- El desarrollo de una economía “avanzada”, en la cual sea posible ponerle un precio a los servicios y remunerarlos en modo uniforme, a través del uso de la moneda.

El segundo punto es quizás el más importante y complejo considerando que en la Grecia arcaica y clásica, los soldados eran remunerados con tierras como *bonus* una vez terminado su servicio, lo cual no puede ser definido como una paga regular.

Desde la perspectiva etimológica, las fuentes clásicas no tienen un común denominador para definir al mercenario. Palabras tales como *epikouroi* (Homero, los aliados de los troyanos, en referencia al pueblo licio), *xènos* (extranjero), *xenikòn* (contingente extranjero), hacen referencia en período arcaico al mercenario. Sin embargo desde el período clásico en adelante se adopta *misthophòros*, que literalmente significa todo aquel que recibe cualquier tipo de remuneración por una actividad desarrollada, y que será utilizado por la literatura griega.

La mala fama del oficio mercenario, que perdura hasta nuestros días, nace precisamente en la Grecia clásica y Bettalli individúa a Isócrates (La Paz, VIII 44-46) como el cultor de esta imagen negativa que se proyectará como la de los *enemigos comunes de la humanidad*.

Para el autor, los mercenarios eran esencialmente:

- 1) Hombres armados
- 2) Soldados más eficientes y adiestrados
- 3) Frecuentemente empujados a comportamientos asociales debido a la inestabilidad económica de los compradores, que muchas veces no les pagaban adecuadamente.

Estos aspectos lo llevan a pensar que el oficio en sí mismo no representa un mal. En un mundo ordenado no deberían existir hombres que combaten a cambio de un escaso estipendio. Más aún, en un mundo ordenado, probablemente, no deberían existir hombres que combaten (p. 24).

El profesor Bettalli se apresura en aclarar que el mercenariazgo griego no es un fenómeno que atraviesa transversalmente la historia antigua helénica. Desde el II milenio hasta Homero, el contexto económico capaz de generar la figura del mercenario está ausente y los individuos que se unen a las guerras lo hacen por su estrecha relación con sus jefes, luego de ser aprobada una decisión autónoma para combatir. Posteriormente, durante la era arcaica, los soldados que escoltan a los tiranos tampoco pueden ser considerados mercenarios.

Dejando fuera la gesta helénica contra Persia contada por Heródoto, Bettalli precisa que el uso de mercenarios griegos se atestigua por primera vez, de manera muy discreta y modesta, durante la guerra del Peloponeso. Es Tucídides quien hace referencia a soldados extranjeros a contrata durante el conflicto civil, pero la ambigüedad del contexto permite que la línea divisoria entre aliado, simpatizante o mercenario sea muy difícil de trazar (p. 52). El autor cree que la Guerra del Peloponeso fue una buena escuela que demostró el éxito de incluir tropas mercenarias en el conflicto, a pesar de su mala reputación entre los ciudadanos.

El siglo IV es sin lugar a dudas el período en que se masifica el uso de soldados contratados, no sólo por la cantidad de conflictos armados sino además por un cambio de mentalidad y el auge económico. De esta manera, desde el fin de la guerra del Peloponeso hasta la batalla de Queronea, el gasto militar aumenta exponencialmente, no pudiendo las polis griegas hacerse cargo completamente del reclutamiento y adiestramiento de tropas; así se revela una nueva vía, la económica. Se empieza entonces a considerar la guerra como un medio adquisitivo fundamental, un instrumento para enriquecerse privada y comunitariamente (p. 86).

Marco Bettalli personaliza su análisis incorporando un elemento documentario ya existente para el siglo IV, la biografía. A través de la vida de cuatro mercenarios atenienses, que alcanzaron altos rangos militares a lo largo de su carrera, a saber, Ifícrates de Ramnunte, Cabria de Axione, Timoteo de Anafisto y Carete de Angele, se evidencian dos grandes innovaciones: la separación entre la conducción política y conducción militar de los asuntos de la polis y la *profesionalización* de la actividad de la guerra, palabra prohibida en el siglo V a.C.

Los mencionados personajes destacan por su capacidad de desenvolverse con los problemas logísticos y organizativos tales como pagar, o como no pagar y mantener la fidelidad y eficiencia de los soldados. De esta manera se crea la imagen de un líder militar fuerte, ligado sólo al ámbito bélico, un *condottiere*.

En la Atenas del siglo IV, donde el equilibrio general estaba marcado por continuas rupturas y guerras sistemáticas e inevitables, la figura del mercenario se hace indispensable y se convierte en parte del panorama ateniense, perdiendo el carácter de elemento extraño y amenazante en la sociedad de la polis.

Este capítulo contiene, a modo de apéndice, un riquísimo repertorio de los contingentes mercenarios utilizados por los atenienses entre el 403 y el 322 a.C. (pp. 111 – 146)

Para el caso espartano, la hegemonía alcanzada luego de la victoria de la Guerra del Peloponoso, obligó a Esparta a utilizar sin mayores remordimientos los servicios mercenarios como una solución natural para suplir la carencia de los hombres que tenían a disposición. La ausencia de prejuicios e ideologías hacia el uso de mercenarios en la guerra permitió que incluso reyes como Agesilao y Arquidamo sirvieran en Persia, Egipto y Magna Grecia como comandantes de tropas.

En la segunda parte del libro, que revisa Egipto, Magna Grecia, Asia Menor, Macedonia y Oriente, el autor se detiene con especial atención en el Imperio Persa. Bettalli considera que La Anábasis de Jenofonte es “el” libro sobre el mercenarizgo en la Grecia antigua (p. 263), pues no existe otra fuente que describa tan detalladamente las vicisitudes de este oficio, cuestión que lleva a pensar al autor que Jenofonte haya trabajado como mercenario.

Para concluir, Bettalli regresa al esquema conceptual con la finalidad de responder a las interrogantes fundamentales sobre el mercenarizgo griego de la antigüedad: *Quiénes, Cuántos, Cómo y Por qué.*

En esta *visión de conjunto*, se comienza por *quiénes* eran los mercenarios en el mundo griego.

Mayoritariamente eran jóvenes que practicaban esta actividad con el deseo de enriquecerse, amor por la aventura o tradición familiar. A diferencia de lo que pudiera pensarse, eran personas respetadas al interior de sus comunidades de origen.

Otra posibilidad eran aquellos que habían perdido su lugar social en sus comunidades y buscaban refugio. Motivos políticos o condenas judiciales obligaban a muchos hombres a huir y alistarse en las filas mercenarias.

Finalmente están aquellos miembros de la población civil, que por tradición de siglos, combatían al servicio de extranjeros.

Bettalli ubica dos zonas geográficas del ámbito griego desde las cuales provenían los contingentes más grandes de mercenarios, al punto de ser reconocidas por las fuentes clásicas como regiones que desarrollaban intensamente este oficio, a saber Arcadia y Caria.

Cuántos *mercenarios* participaban en las campañas militares. Los datos aportados por la literatura griega son imprecisos. Se dice que en el ámbito de la polis, la cifra ascendía a dos mil unidades, que Demóstenes califica como “*ni excesiva, ni insignificante*”. Durante el siglo IV y gracias a los testimonios y crónicas de guerra se sabe que Jasón de Feres reclutó seis mil, Dionisio de Siracusa veinte mil y Alejandro Magno cien mil.

*Cómo* un mercenario se desenvolvía en su oficio y cómo se manejaban los asuntos retributivos.

Dice Bettalli que el servicio mercenario no hacía a nadie rico. Según los datos, el soldado ganaba una dracma al día. De esta manera la paga base mensual no superaba las 25 – 30 dracmas.

Respecto al armamento, los mercenarios se vieron beneficiados de la así denominada reforma hoplítica (siglos VIII – VII a.C.). De esta manera adoptaron el escudo redondo y convexo (*hòplon*), coraza y yelmo (imitados en Grecia de los ejércitos asirios) y la formación de la falange, una de las mayores innovaciones en la estrategia militar griega. Ya en los siglos V y IV, la incorporación de una unidad ligera como el peltasta, dio mayor versatilidad al combate y fue la unidad que más prefirieron los mercenarios.

Los mercenarios no decidían por sí solos. Obedecían a los rangos de su propia jerarquía en donde la figura principal es el comandante. Este líder debía a su vez mantener la cohesión al interior del grupo estimulando a los soldados con las dádivas futuras que obtendrían luego de terminada una batalla.

Finalmente el *por qué* se puede asociar a la *eficiencia*. Bettalli se pregunta si eran buenos soldados los mercenarios. Para intentar responder a esta pregunta el autor propone dos categorías:

- Las capacidades profesionales. Saber manejar las armas, tener experiencia para moverse fríamente en un contexto confuso y lleno de riesgos y tener una buena preparación física.
- Las capacidades psicológicas. Aquello que en una palabra puede definirse como *motivaciones*.

En ambos puntos, el mercenario supera al soldado convencional puesto que sus objetivos no son la gloria personal ni la defensa de su tierra. El mercenario es generalmente un marginado y entre sus motivaciones no están solamente el usufructo monetario sino además la posibilidad de salir de su marginación, es decir, la obtención de tierras y la ciudadanía. Es en este punto que la relación con el comprador y el comandante mercenario es vital para su buen desempeño. Cuando el soldado se ve sujeto a engaños perderá absolutamente todo apego a su servicio y arrastrará a sus espaldas resentimientos y sufrimientos inhumanos. Es por ello que Bettalli insiste en la ambigüedad de este oficio calificando al mercenariazgo como una *enfermedad histórica*.